

## *Diana, in vivo*

Eric LANDOWSKI<sup>1</sup>

Traducción de Eva ALADRO

### ABSTRACTS

Analysing the dramatic crisis that occurred during a few weeks, in British society, after the accidental death of Princess Diana in 1997, this study proposes an interpretation of the subtle transformations that nowadays affect the system of political communication. It stresses the increasing importance of the sensitive (or «esthetic») factor in the definition of the relations between the public and those who govern. Whereas political interaction and meaning traditionally proceed from a legal theory of representation, a notion of direct presence between partners of the communication presently tends more and more to impose itself.

### KEYWORDS

Representation, presence, meaning, Princess Diana, aesthesia, contagion, social communication, interaction, mass media, identity, semiotics.

### RESUMÉ

A partir de l'analyse du drame provoqué durant quelques semaines dans la société britannique par la mort accidentelle de la princesse Diana en 1997, l'article propose une interprétation des subtiles transformations qui touchent aujourd'hui les rapports de communication dans le champ politique et met en valeur l'importance croissante de la dimension sensible (ou «esthétique») dans la définition des rapports entre le public et ses dirigeants. A un régime de sens et d'interaction traditionnellement fondé sur la notion juridico-politique de représentation tend à se substituer un rapport de présence directe entre partenaires de la communication politique.

---

<sup>1</sup> CNRS de Paris (Francia). El presente artículo es parte del texto *Passions sans nom. Essais de socio-sémiotique III*, Paris, PUF, 2004. El autor ha revisado personalmente esta traducción. Le agradecemos su interés y cuidado.

**MOTS CLÉ**

Représentation, présence, sens, esthésie, contagion, communication sociale, Princesse Diana, interaction, mass media, identité, sémiotique.

A partir de un análisis del drama provocado durante algunas semanas en la sociedad británica por la muerte accidental de la Princesa Diana en 1997, este artículo propone una interpretación de los sutiles cambios que afectan hoy día a las relaciones comunicativas en el campo político. Destácase la importancia creciente de la dimensión sensible (u “estésica”) en la definición de las relaciones entre público y dirigentes. El régimen de sentido y de interacción tradicionalmente fundado sobre la noción jurídico-política de representación tiende cada vez mas a ser substituido por el de presencia directa entre participantes de la comunicación política.

**PALABRAS CLAVE**

Representación, presencia, sentido, estesia, contagio, comunicación social, interacción, mass media, Princesa Diana, identidad, semiótica.

*Diana, in vivo*

Mientras el espectáculo se despliega ante nosotros, en pantalla, la acción tiene lugar en Londres a comienzos de septiembre de 1997, a las puertas del palacio de Buckingham. Lo que entonces ocurre jamás se había visto antes. Ante la reina, todo un pueblo (poco más o menos) se ha levantado, movilizado, reunido. No para exigir más libertad o más justicia como todavía se hace a ese lado del canal de La Mancha, sino *para llorar*, en masa y ordenadamente. Pues el mundo entero ha sido debidamente informado de que *la princesa de Gales* acaba de morir. Y lo que esta nación en lágrimas espera, terminarán, por las buenas o por las malas, por concedérselo: un gesto, una palabra, un pequeño signo, una onza de la presencia real para aplacar la pena universal, mostrando que se comparte. Nada más, y sin embargo el trono casi ha vacilado.

¿Qué importancia debemos darle a estas peripecias? ¿Simple acceso de fiebre estival, por definición pasajera, y que jamás hubiera tenido tal amplitud si los medios no la hubieran alimentado con tanta complacencia? O bien, cuando incluso parece que tal *imbroglio* sentimental no concierne a la política en el sentido usual del término, ¿lo que se ha jugado aquí, de una parte y de otra de las rejas de palacio, no constituiría, más en profundidad, un episodio que muestra ejemplarmente cómo se desplazan hoy, socialmente, los lugares de emergencia del sentido, y más particularmente cómo, en política, a un régimen de sentido que parece moribundo en ciertos aspectos, le está substituyendo uno nuevo?

## 1. DE LA POLÍTICA A LO POLÍTICO

La respuesta depende de lo que acordemos reconocer como «política». Podemos considerar en primer lugar, según el buen sentido, que es político simplemente lo que atañe «a la política», definida ella misma en toda ortodoxia como lo que trata del desempeño del poder y su ejercicio, dicho de otro modo, de la gestión de los asuntos de interés común. Un politólogo escrupuloso que se limitara a este marco concreto observaría que la princesa de Gales no ejercía ninguna prerrogativa, ninguna función precisa, ninguna responsabilidad jurídicamente establecida, ningún mandato institucional en la organización de los poderes públicos. Ningún procedimiento particular, ni electoral ni de otro tipo, previsto para asegurar la continuidad del funcionamiento del Estado, se ha puesto en acción a partir de su muerte. Claro está también que DIANA no pertenecía a un partido, ni actuaba bajo la influencia de algún grupo de presión conocido, salvo que rebajemos la defensa de las grandes causas humanitarias, su preocupación mayor a lo largo de los últimos años, a triviales cuestiones de interés... En pocas palabras, aunque la fallecida haya pertenecido a la corte, al *establishment*, al círculo de los grandes de este mundo —e incluso al pueblo, puesto que, según el primer ministro, se convirtió en reina suya por un día—, nada en su recorrido permite asimilarla a una personalidad del mundo político propiamente dicho. Admitámoslo en consecuencia: por «mediatizada» que estuviera su vida, se desarrolló al margen de la vida política. Y el drama de su muerte igual.

No es menos cierto, sin embargo, que todo esto tuvo lugar en el corazón de lo que, en otro plano, llamaríamos *lo político*<sup>2</sup> —en masculino—. Ese cambio de género gramatical señala el paso a otra lectura posible de los acontecimientos, de inspiración semiótica y de carácter más abarcador que la precedente. Mientras que el mundo de «la» política se presenta como un espacio cerrado, institucionalmente delimitado, en el interior del cual un personal especializado ejerce una serie de funciones previamente listadas y codificadas (unas por el derecho, otras por la costumbre), «lo» político no tiene ni contenidos sustanciales ni fronteras fijas *a priori*. Escapa a toda definición de tipo referencial fundada sobre la enumeración de elementos empíricos que lo compondrían. Y no tiene, tampoco, vocación de estabilidad. No estando basado ni en textos ni en códigos, ni incluso sobre usos que, fijando sus formas, le garantizarían un mínimo de permanen-

---

<sup>2</sup> N.T.: Opté por traducir «le» politique, en masculino en francés, por «lo político», pero el matiz de oposición masculino-femenino, con el que juega el autor en todo el artículo, se pierde un poco en español.

cia, no tiene existencia más que como una creación colectiva a cada instante renovada, y por tanto, potencialmente cambiante a cada instante.

Yendo un poco más allá en la misma dirección, podríamos incluso decir que «lo» político no «existe» —en todo caso no existe como una cosa inscrita entre las cosas—. Desde este punto de vista, posee exactamente el mismo estatuto que el sentido, esa cosa jamás dada en sí tampoco, ni siquiera «a descubrir» tras las apariencias, sino indefinidamente por construir. Hay aquí más que una simple semejanza fortuita: de hecho, lo político no es en sí mismo *otra cosa que sentido*, en acto. Sus formas cambiantes traducen la manera específica en la que una colectividad se experimenta como tal en el momento en que, para aquellos que la componen, *el estar juntos se pone a crear sentido*. Para ello, es preciso generalmente un pretexto, una oportunidad, un desencadenante, y quizás lo primero de todo un soporte figurativo: un cuerpo por ejemplo, una silueta o una voz adecuados al lugar y momento dados, y a veces nada más que la expresión de un rostro, una mirada en movimiento. Pues si nada, en sí, es por naturaleza del orden de lo político, todo, o casi todo, puede llegar a serlo en cierto caso, es decir, puede servir para suscitar la emergencia de un sentido en torno al cual la masa cobrará cuerpo reuniéndose y reconociéndose como unidad vibrante.

Todo, incluido, como vimos precisamente aquel fin de verano de 1997, una princesa de folletón o de cuento de hadas cuya imagen, sirviendo de catalizador a falta de otros simulacros disponibles, permitió de manera inesperada a una nación entera «cristalizar», —*prender* (como el fuego)—, transformando lo que no era más que una colección de individuos dispersos, más o menos privados de «vínculo social» (como dicen los sociólogos), en un pueblo solidario, indiviso, casi asombrado de reconocerse repentinamente a sí mismo como un todo, —un *nosotros*—, orgánico y viviente. ¡Momento paradójico, de duelo en primer lugar, pero al mismo tiempo también de fervor y casi de júbilo para una nación que reencontraba de golpe, en lo más profundo de sí misma, impulsos comparables a los de otra época, a los de una juventud que muchos creían ya periclitada! Parece que ya no hay «grandes relatos». Sin embargo, hoy en día aún puede ocurrir que todo un pueblo, unido en torno a nombres y figuras de leyenda —DIANA, LADY MOUNTBATTEN, CHURCHILL— reanude el hilo de una Historia que no ha perdido del todo su sentido para quienes la viven. ¿Cómo no admitir que esto también es de orden político?

Se habrá comprendido que cuando pasamos del femenino al masculino, en realidad estamos cambiando de *régimen de sentido*. La política, en el mejor de los casos, *posee significado* (para aquellos que lo quieren y saben orientarse en ella). Lo político, por el contrario, *crea sentido*, de entrada y para todos, salvo

ante voluntades deliberadas (individuales o locales, pero en todo caso estadísticamente residuales) de resistencia. Puede ocurrir que una persona rechace formar parte de las listas de votantes (porque, se dirá, «votar ya no significa nada») y sin embargo se sienta parte implicada en una totalidad en acto, reconstituida de golpe ante la llamada de cierta imagen capaz de imponerse a todos por la sola cualidad de su presencia. El sentimiento de una pertenencia común, de un *estar con*, directamente, íntimamente, «visceralmente» sentido por todos, viene entonces a dar, con la fuerza de la evidencia, sentido a la vida en común, más allá de la simple promiscuidad de hecho entre grupos e individuos. De un lado, bajo el régimen de significación característico de la política del día a día, cada persona (cada segmento de la sociedad, cada familia intelectual, y en el límite cada individuo) se esfuerza —hoy en día, parece, frecuentemente en vano— por articular para sí una cierta representación del mundo que haga las cosas un poco más inteligibles. Bajo el otro régimen por el contrario, es el grupo entero el que se experimenta a sí mismo como tal, en bloque, a través de la experiencia, vivida por cada uno de sus miembros, de su propia presencia en una totalidad que los abarca y de la que irradia el sentido bajo una forma inmediatamente *sensible*.

Ninguna metáfora se esconde bajo este último adjetivo, pues en ese género de momentos de efusión general, es de hecho por la mediación del plano sensorial y en particular por efectos de contagio que afectan a los cuerpos, como aparece el sentido<sup>3</sup>. Los corazones que laten al unísono, los cuerpos puestos directamente en contacto por el gesto o el roce o, como en nuestro caso, por el llanto, realizan entonces, en el plano de la *intersomaticidad* (más que en la intersubjetividad), ese «milagro»: un momento en el que lo social cobra cuerpo mientras que el mundo toma (o retoma) un sabor —aunque sea el sabor de las lágrimas— y en el que, al mismo tiempo, *lo político* también comienza (o recomienza) a «existir», como hogar de un sentido experimentado.

## II. CRISIS DE REGÍMENES

Pero los dos regímenes de sentido así identificados hacen algo más que distinguirse en la teoría o simplemente alternarse en la práctica; pueden coexistir en un solo y mismo espacio-tiempo, siendo entonces la cuestión principal saber de qué modo. Son precisamente los problemas que plantea la delicada coexistencia entre esos regímenes —o más exactamente su confrontación— lo que ha consti-

<sup>3</sup> Sobre la noción de contagio en la perspectiva de una semiótica de lo sensible, cf. *Passions sans nom*, op. cit., cap. 6, «En deçà ou au delà des stratégies, la présence contagieuse».

tuido durante una semana crucial el nudo de la acción. Junto al proceso abierto a los *paparazzi*, éste ha sido uno de los aspectos del asunto sobre el que los medios han hablado con más abundancia, yendo a menudo hasta pronosticar (un poco apresuradamente) una verdadera crisis de régimen institucional a partir de la crisis de los regímenes de sentido que efectivamente se estaba desarrollando.

¿Iba Buckingham a someterse o no, se interrogaban muchos, a la demanda simbólica que se alzaba desde la calle? ¿La corte, a pesar de su estilo tan «envarado», aceptaría plegarse al régimen de sentido unánimemente tenido por el único aceptable en tales circunstancias, el dictado por el «corazón»? ¿En dos palabras, iba la reina por fin a *llorar*, como todo el mundo? ¿O bien, manteniéndose en la definición institucional de su función, se quedaría, ella misma y su entorno, indefinidamente a distancia, acantonándose en el cumplimiento de arcaicos rituales, quizás ricos en significaciones para ciertos iniciados, pero convertidos hoy en casi vacíos de sentido a los ojos de la gran mayoría, porque proceden (por construcción) no de una estrategia de la presencia sensible sino, todo lo contrario, de una lógica de la representación política ampliamente descalificada por su carácter juzgado como puramente «formal»?

Así, un simple asunto de protocolo amenazaba con convertirse en verdadero asunto de Estado. En Inglaterra, se sabe después de VICTORIA, la reina, por principio, no confiesa nunca su «diversión»: «*I am not amused*». ¿Pero puede mostrar su *emoción*? Si es así, ¿hasta qué punto? ¿ante quiénes? ¿en qué términos? ¿en qué momento? En todos estos temas, ¿cómo decidir? ¿Qué hacer, que permita no dar la impresión de excluir ni a uno ni al otro de los dos regímenes semióticos que estaban enfrentándose a propósito del objeto político, y de los que todo el mundo sabía que remitían respectivamente a espacios y a perfiles sociales distintos al mismo tiempo que a corrientes ideológicas y a partidos opuestos entre sí? La corona, garante del funcionamiento regular (nos gustaría casi decir prosaico) de los poderes públicos —dicho de otro modo, guardiana de «la» política concebida como gestión de las diferencias y como práctica de la mediación— ¿se vería reducida a *escoger* entre dos males?—¿Someterse al desencadenamiento popular de *lo* político? ¿O bien asumir el riesgo de oponerse a esa irrupción súbita de un modo de estar-juntos vivido por las masas al modo (¿se debería decir poético?) de la efusión colectiva, como la experiencia inmediata de una coalescencia que trascendía las subjetividades?

Es entonces cuando la soberana supo hallar el gesto —un pequeñito «baño de multitudes» a las puertas de palacio, pero el primero, parece, de todo su reinado— y las pocas palabras de «compasión» (dicho de otro modo, de compromiso) que se imponían tácticamente: «Me gustaría rendir homenaje a DIANA, una

persona excepcional».<sup>4</sup> Su tarea hubiera sido bastante fácil si sólo hubiera habido que modular la expresión, esperada por todos, de su «tristeza» —sincera o fingida, poco importa— de manera que quedara sensiblemente creíble, sin por ello caer en un sentimentalismo contrario a las conveniencias. Este género de dosificación (*patetico, ma non troppo*) forma parte de ordinario del oficio del rey e incluso, a decir verdad, de otras muchas figuras. Pero la verdadera dificultad que resolver estaba en otra parte, y era más ardua: lo que había que encontrar con urgencia era la modalidad enunciativa que, teniendo a la vez el valor de una manifestación afectiva de orden personal (dado que esto era tan ardientemente deseado), tuviera también un valor propiamente político como testimonio institucional ritualizado. Incluso, la segunda de estas exigencias no podía, por naturaleza, ir sino en una dirección exactamente opuesta a la primera: la de la borradura del *yo* enunciator tras la instancia *impersonal* que la soberana tiene precisamente por misión encarnar, es decir el Estado, la «cosa pública», con su vocación de universalidad y de permanencia, más allá, por tanto, de todas las contingencias del lugar y momento dados, por punzantes que pudieran ser. En términos concretos, ¿cómo hacer un *acto de presencia*, de manera mínimamente convincente, ante un pueblo presa de una tan grande aflicción, sin con ello traicionar la *misión de representación* que incumbe a un jefe de Estado, sabiendo que cuanto más presente se hace el *yo-sujeto* en su enunciado (precisamente en la expresión de sus estados de ánimo), más se arriesga a que desaparezca este otro «mí», ese *no-yo*, o ese «mí simbólico» (antes designado con el «Nos» mayestático) que define teóricamente la figura misma del *representante*?

Es verdad que exhibirse en el plano afectivo —ceder al contagio universal de las lágrimas, como de todos lados se le imploraba— no era, si creemos a la mayoría de los comentaristas, algo que estuviera en el «temperamento» de la reina. Pero este género de conjetura psicológica deja de lado lo esencial. La «retención» a más de ser un rasgo de carácter, era en la ocasión un deber de Estado. No, trivialmente, porque una soberana deba respetar las reglas del protocolo (¡y de la decencia!), sino porque en el marco del sistema político considerado, su función misma es significar la *diferencia semiótica* que funda todo el edificio constitucional: la que separa a un representante no de aquellos en cuyo nombre obra, sino *de sí mismo* en tanto individuo singular. Pues en el universo de la política, «yo» es siempre, por estatuto, «otro» que el que es. En ese sentido, la transparencia, la «autenticidad» —la inmediata adhesión de sí a sí mismo—

<sup>4</sup> Cf. *Le Monde*, 7-8 septiembre 1997, p. 3, «ELISABETH II honra la memoria de su ex-nuera».

no podrían tener cabida ahí. Y es por esta simple razón, por la que *la* política, como régimen de sentido instituido, nunca hará sino frustrar la espera de verdad que se expresa en el deseo de *lo* político.

Desde ese momento, el problema no era saber si la reina conseguiría finalmente, a pesar de sus pretendidas inhibiciones, dar rienda suelta a su pena dejándola aparecer. Se trataba en cambio de saber si, y cómo, expresando *pena*, es decir presentándose ante todos, aunque fuera un instante, como sujeto de una pasión, encerrada en el presente de su «dolor» real o supuesto, ella conseguiría al mismo tiempo ella mantener, y expresar, el hiato, la diferencia, la *distancia* (simbólica) constitutiva del régimen de sentido del cual ella es la clave de bóveda. Lo que las circunstancias le imponían cumplir, era pues, bien mirado, una performance en el límite de lo posible, y en todo caso un ejercicio eminentemente paradójico: efectuar con un solo gesto un acto que responda exactamente a la complejidad estructural de la situación, es decir, cuya *significación*, en términos de representación, trascienda —pero sin abolirlo— el *sentido*, en términos de presencia inmediata y sensible: ejercicio no menos espinoso que el —simétrico— de la difunta, DIANA, del cual había ésta hecho una auténtica especialidad, y que consistía al contrario (lo veremos en un instante) en dejar sistemáticamente que sobre el juego convenido de la representación irrumpiera el sentido de una presencia «auténtica», y de las más conmovedoras.

Así, es a una verdadera exigencia semiótica, que sobrepasaba a su persona, a la que la reina obedeció manteniendo, mientras fue necesario y justo en la medida en que fue necesario, una distancia analizable no como un corte intersubjetivo, es decir social, entre ella misma y «los otros», sino como una distinción *intrasubjetiva*, entre el individuo —el «yo», con sus sentimientos— y la persona pública que asumía su función. Haciendo acto de presencia en medio de los afligidos (sin fundirse con ellos abandonándose al dolor), ella reconocía la profundidad de la pena popular, y al mismo tiempo, rindiendo objetivamente «homenaje» a las cualidades de la difunta, «saludando» protocolariamente su memoria (más que deplorando subjetivamente su pérdida), reafirmaba la primacía de la función representativa ligada al estatuto de soberana. Tal es el sentido de esta puesta en escena tan ambivalente como desacostumbrada: ELIZABETH II, un instante, en la calle.

Lo político y la política se encontraban por tanto, en el último momento, reconciliados en un gesto que unía la presencia y la representación. No habría, no al menos por esta vez, exclusión de uno de los dos regímenes por el otro. La posibilidad de un *devenir* semiótico del sistema político se había preservado. ¡Admirable Inglaterra!



### III DESDOBLAMIENTOS

Todo tipo de cuestiones surgen a partir de este boceto de descripción, unas de carácter bastante general que dejaremos para la conclusión, y otras directamente relacionadas con el caso específico que examinamos. ¿Cómo, en primer lugar, explicar el papel jugado, en la base de todo el asunto, no por la persona misma de DIANA SPENCER, que en verdad ninguno de nosotros conoce, sino por su simulacro, por esa *figura construida* que nos fue ofrecida (dejemos en suspenso la cuestión de saber exactamente por quién) bajo el nombre de «LADY DI»? ¿Cómo dar cuenta de la eficacia excepcional de ese *objeto semiótico* capaz de catalizar una «masa tímica<sup>5</sup>» de tal amplitud —todo un pueblo, en cuerpo y alma—, sin mencionar su extraordinario impacto en todos los rincones del mundo?

Un primer elemento de explicación sería investigar, en términos de semiótica narrativa clásica, la posición estructural de la heroína: LADY DI conoció su apogeo, incluso murió, si osamos decirlo, en la posición típica de un *subcontrario*. Buscaba en efecto definir su posición —una posición por definición inestable— en el espacio mismo de transición *entre* dos polos presentados como categóricamente petrificados en su contrariedad<sup>6</sup>. Entre la corte, el gran mundo, el de las «tradiciones», y en su antípoda, un medio visto a la vez como extranjero (*unbritish*) y como el de un dinero que, además, se ha adquirido demasiado rápido. Entre el espacio *público*, por supuesto, y la esfera de lo *íntimo*, o al menos de lo estrictamente «privado». Y sobre todo, en términos más precisos, entre un espacio-tiempo definible como el de una *puesta en escena de sí* —el de una vida enternecedora de «santa» y de «pecadora» (una cosa no va sin la otra, como sabemos), vida enteramente dedicada a los demás (a los que ella «amaba», a los que ella «ayudaba») pero sistemáticamente tornada en representación porque era continuamente vivida delante de terceros si no interpretada para ellos (para espectadores, para curiosos, paparazzi o «buenos» periodistas, es decir en definitiva *para nosotros*)— y por otra parte otro tiempo, otro espacio, utópicos quizás: los de una pura *presencia ante sí*. Entre una escena abierta que ella no terminaba nunca de dejar, y, sin que se pudiera localizar con precisión, el espacio cerrado —reservado, protegido— de una radical «autenticidad», hacia el cual ella parecía desesperadamente dirigirse.

<sup>5</sup> N-T.: De «thymós» griego, humor, ánimo.

<sup>6</sup> Más generalmente, sobre la opción del subcontrario como escapado fuera del «sistema» cf. LANDOWSKI, ERIC, *Présences de l' autre*, op. cit., p. 66-67, Paris, PUF, 1997. (Trad. Esp. *Presencias del otro*, Madrid, Cátedra, 2004 (en prensa).

Hay, con toda evidencia, en esta forma de errabundez identitaria, algo bastante característico de lo «post-moderno». Aunque en clara ruptura con su universo social de origen, no haber hallado el lugar en el que hubiera podido realizarse; no ser ya lo que uno aparenta, y sin embargo no ser tampoco todavía, exactamente, lo que uno está llegando a ser, y así sucesivamente. Es este modo de parecer que no se está jamás en ninguna parte exactamente en su lugar, y sobre todo de dejar entender que se asume esta relativa indeterminación, como una especie de estilo de vida *sui generis*, lo que hizo de la princesa una figura emblemática de nuestro tiempo: un sujeto perpetuamente en tránsito por estar en mutación indefinida, es decir, a la búsqueda de sí. Esta complejidad inherente al personaje no constituye sin embargo el único factor que explica su éxito.

Existe al menos otro, que va en el mismo sentido y lo refuerza. No tiene que ver ya con la gramática narrativa, sino con una semiótica discursiva y estética que se superpone a la primera. Este factor, ligado al orden afectivo y sensible, reside en que la posición sintáctica inestable y el papel ambivalente que lo acompaña y que acabamos de notar, los encarnó LADY DI plásticamente, somáticamente, *estésicamente*<sup>7</sup>, de un modo admirable. Una actitud familiar, un pequeño gesto, un movimiento espontáneo y de apariencia anodina nos parece resumir lo esencial de este plano: por muy princesa que fuera, esta mujer sabía irresistiblemente *bajar los ojos*. Es la traducción por excelencia, en términos estésicos, de una posición de «subcontrario». Reflejo de «humildad», por supuesto, que en primer lugar expresa, como signo gestual socialmente convenido, que el sujeto no asume enteramente la «alta posición» que, de hecho, ocupa<sup>8</sup>. Pero esa mirada caída que encontramos en tantas fotos de la «princesa del corazón» hace más que esto. Más allá de todo código social, nos hace inmediatamente sensible el eje (hexis<sup>9</sup>) de un cuerpo-sujeto presa de esa especie de malestar que implica el querer ser alguien diferente al que se es, o al menos el sentirse diferente a lo que le hacen a uno ser,

<sup>7</sup> NT.: Del verbo griego «esthánome» para «sentir», y aunque la misma raíz dio pie al sustantivo «estética», más puramente se refiere aquí al mundo de lo sensorial. Se traduce también como «esthesía», pero dada la adaptación española de la raíz en palabras como «anestesia» parece que es más correcto y eufónico decir «estesia» en español.

<sup>8</sup> Cf. A. ASSARAF: «*Quand dire, c'est lier*», *Nouveaux Actes Sémiotiques*, V, 28, 1993. Como los periodistas no dejan pasar ningún detalle figurativo pertinente, sabemos que a la *mirada caída* de la princesa, legible como una *denegación* posicional, ha venido a responder punto por punto, de parte de la reina, un gesto de *afirmación* estatutaria orientado, como debe ser, en sentido exactamente opuesto: es «*el mentón levantado en desafío*» con el que «ELISABETH II (saludó) la memoria de su ex-nuera» (*Le Monde*, art. cit.).

<sup>9</sup> Término libremente adoptado a partir del de BOURDIEU para designar el estilo general de comportamiento somático del individuo, su manera corporal de presentarse.

y que, viéndose comprometido a buscar su propio camino en un «entre-dos» (entre los contrarios fijados por el contexto social, político, ideológico) se encuentra constantemente en estado de *desdoblamiento*.

Ni vedette totalmente complaciente ni personalidad verdaderamente celosa de los secretos de su intimidad, LADY DI se dio a ver a la vez como una y como la otra. O más bien, la hemos visto pasar indefinidamente de una a la otra posición: vedette a la fuerza (¿por qué dudarlo?) pero por razón precisamente del desvelamiento, en gran parte consentido, de sus propios secretos.<sup>10</sup> Tanto que, cuanto más quería ella ser ignorada, o proclamaba quererlo, más se hacía visible y más se la exponía, perseguía o celebraba. Su voluntad publicitada de ser y de vivir «como todo el mundo» no se oponía, pues, al cumplimiento de su destino de «mujer más fotografiada del siglo»; ésta era, por el contrario, una de sus condiciones esenciales: lógica paradójica, aunque banal, de un recorrido que sistemáticamente pone en juego la implicación recíproca de los contrarios, que hizo de su persona y de su drama la imagen misma de nuestras propias ambigüedades.

Es este modo desgajado de vivir su propio ser-en-el-mundo lo que, para el público, se volvía directamente sensible cuando, por una especie de *síncope de la mirada*, esos ojos parecían ausentarse un instante de la escena. Como si se tratara de llamar a un testigo de su drama interior, o de deslizarse bajo la superficie de las apariencias para reencontrar frente al interlocutor una relación más «verdadera». Antes que todo lenguaje articulado, un desgajo así de la mirada, en la medida en que parece *manifestar lo experimentado*, nos hace, por un instante, «existir el otro», por decir así, en propia «carne». Lo vemos, incluso si no sabemos analizar en detalle las componentes plástico-rítmicas de las que depende el modo en que una mirada se vuelve significativa, podemos al menos destacar sus efectos.

Del mismo modo, aunque en un plano más superficial, DIANA aristócrata, y al mismo tiempo su contrario, o su doble de nuevo: princesa, pero «del pueblo», como se dijo y repitió hasta la saciedad; una Lady pero que se revela por su «natural» una persona «sencilla», sin la facticidad ni las pretensiones de la alta sociedad; una «royal», pero que, gracias a su lado rebelde y, mejor aún, porque ha sido «perseguida», se vuelve contra los prejuicios (si no contra los privilegios) de ese *establishment* del cual se convierte tanto en la víctima como en la encarnación. En ese plano es también la misma mirada la que nos hace sentir — casi compartir, estésicamente — esa necesidad de escapar al medio donde está

---

<sup>10</sup> Sobre otras formas paradójicas de ocultación que se *despliega* o, al contrario, de ostensibilidad que *no se muestra*, cf. «Jeux optiques», *La société réfléchie*, Paris, Seuil, 1989. (Trad. Esp. *La sociedad figurada*, México, FCE, 1993).

prisionera, de evadirse aunque sólo fuera por un instante, y solamente con los ojos, pero precisamente mirándonos. He aquí pues a un personaje distinto a nosotros, ciertamente, por su estatus, pero que se presenta como nuestro reflejo, o al menos como la emotiva encarnación de un destino consistente en no ser jamás sí-mismo sino *como otro*, en quien todos estamos invitados a reconocernos. Sobre todo cuando (última paradoja) esa búsqueda de sí se publicita de manera tan insistente con las marcas de su «autenticidad». Sentirse ajeno a la propia imagen, y conseguir que ello se sienta en cada una de sus apariciones: esta princesa no existe en tanto objeto semiótico (es decir, con un sentido para nosotros), si no es como una perpetua negación de identidad, negación que ella conocía el arte de cultivar ante los más diversos auditorios, y que en el fondo no era más que la metáfora misma del sentido, él también indefinidamente diferente a lo que es. Esto es lo que permitía a nuestra «madonna de la cabeza inclinada»<sup>11</sup> decirnos, con éxito asegurado de antemano, y con la mirada deslizándose entre dos o tres cámaras: «A pesar de toda esta puesta en escena, ya veis *cuando os miro* que nunca podréis jamás dudar de mi sinceridad».

Aplaudiendo por supuesto esta performance exitosa, notemos que desde el punto de vista estratégico no hay sin embargo nada realmente nuevo en su principio. A fin de cuentas, ¿qué hace esta gran star con todas estas oscilaciones suyas entre los contrarios? Con esa descolgadura de la mirada que le es tan característica, forma de *débrayage* («desembrague») enunciativo, seguido de su *réembrayage* («embrague»), consigue ella crear el sentimiento de que más allá de la figura social de convención, es la persona misma, el *sujeto enunciante* quien está verdaderamente presente ante nosotros, sensible, conmovedor<sup>12</sup>. Tal juego de desdoblamiento no le pertenece en propiedad, aun cuando ella lo practique a su manera, principesca: desde su altura, ya que su posición se lo permite, ella se «rebaja» hasta nosotros, lo más cerca posible, hasta el punto en que el efecto de sentido experimentado en el intercambio de la mirada nos hace casi olvidar la especificidad de su estatus. En suma, como buena princesa, y nada más que con la mirada, *She stoops to conquer*<sup>13</sup>. Ello, es verdad, no exactamente para «conquistar» (dado que su lugar no está en el mundo de «la» política) sino al menos para hacerse «amar» y hacernos «soñar», dicho de otro modo, para *seducir*. Y de hecho, ¿no será solamente bajo el efecto de cierta seducción, que

<sup>11</sup> D. SCHNEIDERMANN: «La tête penchée», *Le Monde*, 14-15 septiembre 1997.

<sup>12</sup> N.T.: «Touchant», en Francés, que significa «conmovedor», «emocionante» y también «palpable», «que nos toca», reproduce exactamente el efecto del acto de presencia descrito por LANDOWSKI. Pero no hay en español equivalente que recoja esta riqueza de la palabra.

<sup>13</sup> NT: Ella inclina el cuerpo (y la mirada), se rebaja para conquistar, en inglés en el original.

olvidando la prosa del mundo —y de la política—, nos ocurre a veces entrar en ese otro universo de sentido, soñado y sensible (sensible por soñado, y tanto mejor soñado cuanto más es sensible) al que llamamos *lo político*?

#### IV. EN SITUACIÓN

No querríamos sobrevalorar la importancia del asunto en cuestión, dramatizándolo nosotros aún más, aunque sea de otra manera. Sin embargo, el examen al que acabamos de proceder no puede no desembocar en una cierta forma de interrogación crítica. ¿A qué nos hemos entregado colectivamente, durante esas cuantas semanas de efusión y de compasión?

##### IV.1 Masas tímicas en movimiento

Una fórmula híbrida, venida de Canadá, nos da quizás la respuesta —una respuesta que no puede ser sino un poco contradictoria en sus términos: lo que hemos visto es una pequeña muestra (más bien anodina) de lo que podría ser una sociedad *totalitaria soft*<sup>14</sup>. Aunque la reina misma de Inglaterra era desde luego, en aquel instante, la primera en *deber llorar*, nadie ha podido olvidar que todos nosotros también estábamos concernidos, todos sometidos al mismo *deber de aflicción*. Era obligatorio estar conmovido, y mostrarlo. El drama mediatizado, el espectáculo, —toda esa «película»— se había convertido en nuestra realidad misma: a la vez un tema de conversación rigurosamente inevitable (como puede serlo el retorno obsesivo de una presencia perdida) y un estado de ánimo si no compartido absolutamente por todos, al menos de rigor para todos sin excepción.

Más generalmente, es sobre la base de los mismos principios como se constituye lo que, en la tradición filosófica, se llama el *sensus communis*, ese sentimiento colectivo del estar —juntos fundado en los poderes de lo sensible— configuración que aquí hemos encontrado por otro camino, con el nombre de *lo político*. Podemos ahora medir su ambivalencia. Por un lado, la activación de la dimensión sensible —afectiva y estética— representa sin duda una de las condiciones necesarias a la constitución de lo social (del «nosotros»), como comunidad fundada en los valores de la participación y la solidaridad viva. Es una banalidad recordar que toda sociedad es una comunidad de gustos y de afectos,

<sup>14</sup> Expresión del dramaturgo y publicista quebequés René-Daniel Dubois, «Entretien», *Le Monde*, 5-6 noviembre 1995, p. 10.

tanto como un pacto racionalmente articulado o una asociación de intereses. De otro lado, sin embargo, vemos adónde puede conducir esta componente, a poco que lo estésico y lo afectivo lleguen a dominar como régimen de sentido para toda la comunidad: hacia un integrismo radical o hacia alguna otra forma de populismo, es decir a un tipo u otro de sociedad de consenso en estado puro. Del totalitarismo «soft» pasamos entonces con bastante facilidad al totalitarismo a secas, según si el *sensus communis* se funda simplemente en compartir algunos grandes sentimientos (patrióticos por ejemplo) o sobre el contagio de sensaciones, ya se trate de la coalescencia de las masas en un proceso de *contagio místico* que cristalice en torno a una voz, al estilo corporal, al *eje (hexis) del jefe* colocado como ídolo del culto popular, o bien, más temible todavía (aunque los dos se unen de maravilla), de la exacerbación del nosotros sobre la base de un *contagio fóbico* (este es el que, en la caza, asegura la cohesión de la jauría) establecida en contra del *eje (hexis) del otro*, figura del mal inmediatamente reconocible por su *facies*, por su acento, por su color de piel, o por el olor que se supone que emana.

En estas condiciones, aunque hoy tendemos a admitir que la proliferación de los nuevos medios nos lleva a un universo de la virtualidad que implica una *desrealización* progresiva de las relaciones sociales, es al contrario en los resurgimientos y peligros de un cierto tipo de *hiperrealidad*, donde nosotros juzgamos oportuno insistir. ¿No lo justifica la experiencia incluso en un país tan reputado de «pragmático» como es Gran Bretaña, donde una simple imagen mediática ha podido provocar irresistibles efectos de presencia, hasta hacer nacer una verdadera mística en torno a la efigie de una heroína que, quizás precisamente por ser ya finada, sigue presente en su aura? Para las masas de sus alucinados adoradores, el régimen de construcción de sentido sobre el que se han apoyado hasta el presente todos los sistemas de democracia representativa (incluidas, por supuesto, las monarquías) y que no pone en juego ni virtualidad ni hiperrealidad sino una *realidad simbólica* (o semiótica) ha perdido ya, o al menos ha podido perder *por un momento* toda pertinencia. ¿Veremos así un día imponerse, en su lugar, un régimen de sentido que, pretendiendo hacer economía de toda mediación en las relaciones entre gobernantes y gobernados, funcione sistemáticamente *en la seducción*, apoyándose en la exacerbación de un sentido estésico común anclado, él mismo, en la inmediatez del sentir y del contacto simulado? Ciertamente, todo efecto de presencia sigue siendo un efecto *de sentido*, y no podría tener, incluso en política, una regresión *más acá de lo simbólico*, salvo que substituyera a las relaciones inteligibles con las puras relaciones de fuerza. Sin embargo, pasar, en el plano político, del juego tradicional de una represen-

tación que se confiesa tal, a las puestas en escena de la presencia, no es algo baladí. Pues, aplicada a *ese dominio*, la lógica de la presencia se convierte demasiado fácilmente en un truco estratégico al servicio de alguna forma de demagogia o de populismo<sup>15</sup>.

Es un hecho que un número creciente de investigadores en semiótica prestan ahora gran atención a todo cuanto concierne a la estesia; y nosotros mismos nos esforzamos en sacar partido de las perspectivas que esta noción abre desde un punto de vista analítico en diversos planos. Pero de ahí a reducirlo todo a eso, hay un gran paso que nos guardaremos mucho de dar, al menos por dos razones. Primero, desde un punto de vista metodológico, sería erróneo buscar ahora reducir todo efecto de sentido a componentes perceptivas y sensibles, igual que fue antaño vano pretender concentrar toda la atención en las estructuras conceptuales y cognitivas que articulan discursos. Todo el problema es, al contrario, concebir un modo de articular operativamente estas dos dimensiones complementarias. La segunda razón es de orden político. Podemos en efecto considerar que, en la medida en que lo «inteligible» y lo «sensible» constituyen, a pesar de todo lo que los imbrica uno con el otro, dos regímenes de sentido *analíticamente* contemplables como autónomos, el dominio eventual de uno sobre el otro no tiene en absoluto el mismo sentido ni el mismo valor en las distintas esferas de actividad en que se dé.

En el plano de la construcción de los sujetos en tanto que individuos, un poco de estesia, o incluso mucha, no podría perjudicar a nadie, ¡más bien al contrario!. Es diferente cuando se trata de la constitución de los sujetos colectivos. Iríamos encantados a volver a ver en la filmoteca *La condesa descalza*, pero preferiríamos que nos ahorraran una nueva proyección mundial de *La princesa de los ojos caídos*. Pues incluso si, desde Tarde, el vocabulario descriptivo ha cambiado en parte, las masas, una vez constituidas, aún hoy día tienden a convertirse rápidamente en masas tónicas en estado puro, de las que no se excita impunemente su «sensibilidad». Y si una amenaza planea sobre nosotros, un cierto número de indicios (aunque sólo fuera la evolución de los comportamientos electorales) conducen a pensar que lo que debemos temer no es una hipotimia colectiva que terminaría en la disolución del mundo social en un éter «virtual»; sería más bien al contrario, es decir, alguna forma de brusca efusión estésica, en el modo hipertímico, en torno a algún demagogo de irresistible tono, el único medio, quizás, de reconstituir el estar-juntos en sociedades excesivamente fragmentadas. Hasta el presente, es verdad, los efectos de contagio inducidos aquí o

---

<sup>15</sup> Cf. *Présences de l' autre*, op. cit., «La vedette et le bouffon».

allá por tal o tal otro bufón de la escena política, hábil en el manejo de las cualidades estéticas de su presencia, quedan reducidas a la periferia del cuerpo social. Nada nos garantiza por ello, que no lleguen un día hasta su corazón.

#### IV.2 *La práctica socio-semiótica*

En definitiva, vemos, en relación a la cuestión del sentido tal como se plantea en el dominio socio-político, la problemática semiótica se articula en varios planos bien diversos. ¿En qué medida y en qué condiciones, primeramente, la actualidad cotidiana a la que asistimos a través del filtro de los medios, nos ofrece a los ciudadanos un sentido? Después, en un segundo grado, ¿cuál es el sentido de la *manera misma* en que ese «espectáculo» llega (o no) a tener sentido para nosotros que lo contemplamos, o lo vivimos? ¿Es por otra parte posible evaluar el peso social relativo de los diversos regímenes semióticos que se enfrentan y hacen que *haya*, o no, sentido? Finalmente, ¿hay lugar para pensar que nos encaminamos a una situación de dominio de uno de esos regímenes sobre los demás? Con las dos primeras preguntas, nos quedamos en el plano analítico, el de la descripción, y, en tanto posible, de la explicación. Las dos preguntas siguientes, más problemáticas, obligan a preguntarse en qué medida disponemos de medios para fundar una prospectiva. Desde luego, no con respecto a la dimensión *évènementielle*<sup>16</sup> de nuestro devenir colectivo, pero al menos en lo que concierne a la lógica de los regímenes de sentido, de los que dependen en parte las formas que ese devenir podría tomar.

Y a esto se superpone finalmente una última dimensión, la de la interpretación crítica. Pues una vez descrito «lo que pasa» y vislumbrado «lo que viene» (lo que podría llegar, a partir de lo que hay) ¿cómo no evaluar, tomar partido, y en caso necesario, ensayar una manera u otra de cambiar el curso de las cosas en una dirección o en la otra?. Prohibirse toda forma de juicio o de intervención en nombre de una concepción purista de la cientificidad sería en efecto un poco paradójico en la perspectiva de una práctica de análisis socio-semiótico. De hecho, ¿cómo contemplar el estudio del devenir de las formas de sentido socialmente vivas, sin ser uno mismo sensible en cierto grado y sin tener, antes incluso de emprender el análisis metódico, al menos una cierta comprensión intuitiva? ¿Cómo trabajar en la elaboración de una semiótica de lo cotidiano y de la vivencia, es decir de la experiencia y de las situaciones, sin tomar partido ante

<sup>16</sup>NT. De los sucesos, «evenemencial».



una actualidad que, sin duda, debemos tomar como objeto del análisis, pero que al mismo tiempo nos incluye?

Sin embargo, por otro lado, sabemos bien que lo que es de orden puramente reactivo (la indignación, por ejemplo) no aumenta en nada la inteligibilidad de los fenómenos y no sirve como análisis. De ahí la necesidad de asumir, en el plano epistemológico, una posición relativamente compleja, en la que las posiciones del sujeto y del objeto se interpenetren. Más que pretender resolver una vez por todas, categóricamente, las ambivalencias inherentes a una semiótica *in vivo*, es necesario admitir que solamente es posible hallar en la práctica y por la práctica del análisis mismo, caso por caso, una manera adecuada de ajustar el propio régimen de mirada de uno a la naturaleza y a las propiedades del objeto. En esas condiciones, ¿por qué no reconocer que nuestra disciplina no es —¿no todavía?— una «ciencia» en sentido estricto, o al menos según la acepción positivista del término?. Para nosotros, sería efectivamente más bien una cierta mirada sobre las cosas: una mirada que intenta ser tan rigurosa, que aquel que mira (y que construye), sabe bien que en realidad sus pretendidos objetos no tienen sentido, para él, más que en tanto sepa reconocer en ellos a los *sujetos* que en respuesta, ellos mismos, le están mirando a él.